
INDICE
DE LOS
CAPÍTULOS DEL TOMO PRIMERO.

INTRODUCCION. Pagej
LIBRO PRIMERO.

CAPÍTULO PRIMERO. — Instrumentos. — Partida de España. — Arriba á las Islas Canarias 1

CAP. II. — Permanencia en Tenerife. — Viage de Santa Cruz á la Oratava. — Excursion á la cumbre del pico de Teides 8

CAP. III. — Travesía de Tenerife á las costas de la America meridional. — Reconocimiento de la isla de Tabago. — Llegada á la Cumaná 196

LIBRO II.

CAP. IV. — Primera morada en Cumaná — Orillas del Manzanares. 268

CAP. V. — Peninsula de Araya. — Pantanos ó lagunas Salinas. — Ruinas del castillo de San Iago 329

VIAGE
À LAS REGIONES EQUINOCCIALES
DEL
NUEVO CONTINENTE.

LIBRO PRIMERO.

CAPÍTULO PRIMERO.

Preparativos. — Instrumentos. — Partida de España. — Arribada á las Islas Canarias.

CUANDO un gobierno ordena expediciones marítimas que contribuyen al conocimiento exacto del globo y al adelantamiento de las ciencias físicas, nada se opone á la ejecucion de sus designios. La época de la partida y la direccion del viage pueden ser fijadas tan luego

1. 1

como el apresto de los navíos está terminado y se han escogido los astrónomos y naturalistas destinados á recorrer mares desconocidos. Las islas y las costas, cuyas producciones deben ser reconocidas por los viajeros, no estan sugetas á la influencia europea. Si sucede que guerras prolongadas interceptasen la libre comunicacion del Oceano, las potencias beligerantes acuerdan mutuamente sus pasaportes; los rencores y enemistades particulares callan cuando se trata del progreso de las luces, que es la causa comun de todos los pueblos.

No sucede lo mismo cuando un simple particular emprende á su costa un viage en lo interior de un continente sobre el cual la Europa ha extendido su sistema de colonizacion. El viajero deberá meditar el plan que le parezca conveniente para el objeto de sus observaciones y sobre el estado político de las regiones que quiere recorrer: tiene que reunir todos los medios que, lejos de su patria, puedan asegurarle por largo tiempo una existencia independiente: obstáculos imprevistos se oponen á sus designios en el momento mismo en que cree poderlos poner en egecucion. Pocos

particulares han tenido que vencer las numerosas dificultades que se me presentaron antes de mi partida para la América española; hubiera preferido no tener que hacer la narracion de ellas y comenzar esta relacion por el viage á la cumbre del Pico de Tenerife si no hubiesen faltado mis primeros proyectos y no hubiesen influido en la direccion que he dado á mis correrias desde mi vuelta del Orinoco. Expondré pues con rapidez estos acontecimientos que deseo presentar con toda claridad á pesar de que no ofrecen interes alguno para las ciencias. Como la curiosidad pública generalmente se dirige mas hácia las personas de los viajeros que sobre sus obras, se ha desfigurado de una manera extraña ¹ lo que tiene relacion con los primeros planes que me habia propuesto.

¹ Observaré con este motivo que no he tenido conocimiento de una obra que ha parecido en seis volúmenes en casa de Vollmer en Hamburgo con el extravagante título de *Viage al rededor del mundo y en la América meridional por A. Humboldt*. Esta relacion hecha á mi nombre, ha sido redactada, á lo que parece, segun las noticias publicadas en los diarios y las memorias aisladas que leí en la primera clase del Instituto. El compilador para fijar la atencion del público,

Desde mi primera juventud me sentí con una viva inclinacion y ardiente deseo de hacer un viage á regiones remotas y poco visitadas por los Europeos. Este deseo caracteriza una época de nuestra existencia en que la vida nos parece como un horizonte sin limites, y en que nada tiene para nosotros tantos atractivos como las fuertes agitaciones del alma y la imágen de los peligros físicos. Criado en un país que no tiene ninguna comunicacion directa con las colonias de las dos Indias, habiendo habitado despues en montañas distantes de las costas y célebres por el laboreo y beneficio de las minas, sentí excitarse en mí una pasion viva por el mar y por dilatadas navegaciones. Cuando los objetos nos son solo conocidos por las relaciones de los viajeros, tienen sobre nosotros un encanto particular; nuestra imaginacion se complace con todo lo que es vago é indefinido; y los goces de que nos vemos privados, parecen preferibles á los que tenemos diariamente en el es-

ha creido poder dar á un viage hecho en algunas partes del nuevo continente el titulo mas atractivo de *Viage al rededor del mundo.*

trecho círculo de la vida sedentaria. El gusto de las herborizaciones, el estudio de la geologia, una correría rápida hecha en Holanda, en Inglaterra y Francia con M. Jorge Forster, hombre célebre, que tuvo la fortuna de acompañar al capitán Cook en su segunda navegacion al rededor del mundo, contribuyéron á dar una determinada direccion á los planes de viages que yo habia formado á la edad de diez y ocho años. No era el deseo de la agitacion ni de la vida errante el que me animaba, sino el de ver y observar de cerca una naturaleza salvaje, majestuosa y variada en sus producciones; y la esperanza de recoger algunos hechos útiles á los progresos de las ciencias llamaban sin cesar mis deseos y votos hácia estas bellas regiones situadas bajo la zona torrida. No permitiéndome mi posicion individual ejecutar por entónces unos proyectos que ocupaban tan vivamente mi espíritu, tuve tiempo de prepararme por espacio de seis años á las observaciones que debia hacer en el nuevo continente, de recorrer diferentes partes de la Europa, y estudiar esta alta cadena de los Alpes, cuya estructura he podido comparar despues con la de los

Andes de Quito y del Perú. Como me ocupaba en trabajar con instrumentos de diferentes construcciones, fijaba mi eleccion en los que me parecian mas precisos, y menos susceptibles de quebrarse en su transporte; tuve la ocasion de rectificar medidas que habian sido hechas segun los métodos mas rigurosos, y aprendí á conocer por mí mismo el límite de los errores á que yo podia estar expuesto.

Aun cuando en 1795, habia atravesado una parte de la Italia, no pude visitar los terrenos volcánicos de Nápoles y de la Sicilia. Sentia dejar la Europa antes de haber visto el Vesuvio, Stromboldi y el Etna; conocia que, para juzgar bien de un gran numero de fenómenos geológicos y sobre todo de la naturaleza de las piedras de formacion trapana, era preciso examinar de cerca los fenómenos que ofrecen los volcanes que estan todavia en actividad. Me determiné pues á volver á Italia en el mes de noviembre de 1797. Hice una larga permanencia en Viena, en donde las soberbias colecciones de plantas exóticas y la amistad de los señores de Jacquin y del caballero José Vander-Schott me fuéron muy útiles para

mis estudios preparatorios; recorri, con el caballero Leopoldo de Buch, que despues ha publicado una excelente obra sobre la Laponia, muchos cantones del pais de Saltzbourg y de la Styria, dos regiones igualmente interesantes para el geólogo como para el pintor paisagista: pero al momento de pasar los Alpes del Tirol, las guerras que agitaban entonces la Italia entera me obligáron á renunciar al proyecto de ir á Nápoles.

Un hombre que estaba apasionado por las bellas artes y que para observar los monumentos de ellas, habia visitado las costas de la Iliria y de la Grecia, me habia propuesto poco tiempo ántes que le acompañase á un viage al alto Egipto. Esta excursion debia durar solo ocho meses; provistos de instrumentos astronómicos y acompañados de hábiles dibujantes, debiamos remontar el Nilo hasta Assouan examinando por menor la parte del Said comprendida entre Tentyris y las Cataractas. Aunque hasta entónces no habia yo fijado mis miras en una region situada fuera de los trópicos, no podia resistir á la tentacion de visitar unos paises tan célebres en los fastos de la civilizacion humana. Acepté por consecuencia las proposiciones

que se me hacian, con la expresa condicion de que, á mi regreso de Alejandria, quedaria libre para continuar mi viage por la Siria y la Palestina. Daba desde entónces una direccion á mis estudios que estaba conforme con este nuevo proyecto de que me aproveché en lo sucesivo, examinando las relaciones que ofrecen los monumentos bárbaros de los Megicanos, con los de los pueblos del antiguo mundo. Me conceptuaba muy próximo al momento de embarcarme para el Egipto, cuando los acontecimientos políticos me hicieron abandonar un plan que me prometia tantos gozes. Tal era la situacion del Oriente que un simple particular no podia esperar el seguir los trabajos, que aun en los tiempos mas pacíficos exponen con frecuencia al viajero á la desconfianza de los gobiernos.

Se preparaba entónces en Francia una expedicion de descubrimientos en el Mar del Sur, cuyo mando debia ser confiado al capitan Baudin. El primer plan que se habia trazado era grande, atrevido y digno de ser egecutado por un gefe mas ilustrado. La expedicion debia visitar las posesiones españolas de la América meridional desde

la embocadura del rio de la Plata hasta el reino de Quito y el istmo de Panamá. Despues de haber recorrido el archipiélago del grande Occéano y reconocido las costas de la Nueva-Holanda, desde la tierra del Diemen hasta la de Nuits, las dos corbetas debian arribar á Madagascar y volver por el cabo de Buena-Esperanza. Llegué á Paris en el momento en que se comenzaban los preparativos de este viage. Tenia yo muy poca confianza en el carácter personal del capitan Baudin que habia dado motivos de descontento en la corte de Viena, cuando estaba encargado de conducir al Brasil al jóven botanista Vander-Schott uno de mis amigos; pero como no podia esperar hacer á mi costa un viage tan largo, y ver una hermosa parte del globo, resolví correr los riesgos de esta expedicion. Obtuve el permiso de embarcarme con los instrumentos que habia reunido en una de las corvetas destinadas al mar del Sur, y me reservé la libertad de separarme del capitan Baudin cuando lo juzgase oportuno. El caballero Michaux, que ya habia visitado la Persia y una parte de la América septentrional y el caballero Bonpland, con quien contrage los lazos de amistad que nos

han unido despues, estaban destinados á seguir la expedicion como naturalistas.

Me habia entretenido durante muchos meses con la idea de participar en los trabajos dirigidos hácia un fin tan grande y tan honroso, cuando se encendió la guerra en Alemania y en Italia, y determinó al gobierno francés á retirar los fondos que habia acordado para este viage de descubrimientos y á suspenderle hasta nueva orden. Cruelmente engañado en mis esperanzas y viendo destruirse en un solo dia los planes que habia formado para muchos años de mi vida, buscaba como á la aventura, el medio mas pronto de dejar la Europa y de arrojarme en una empresa que pudiese consolarme de la pena que experimentaba.

Hice conocimiento con el caballero Skioldebrand consul de Suecia, que, encargado por su Corte de llevar y presentar los regalos al Dey de Argel, pasaba por Paris para embarcarse en Marsella. Este hombre estimable permaneció largo tiempo en las costas de Africa: como gozaba de una consideracion particular cerca del gobierno de Argel, podia proporcionarme facilidades para recorrer libremente aquella parte de la cadena del

Atlas que no habia sido el objeto de las observaciones interesantes del caballero Desfontaines. Expedia anualmente un buque para Tunez sobre el cual se embarcaban los peregrinos de la Meca, y me prometió hacerme pasar por el mismo conducto, á Egipto. No vacilé un momento en aprovechar una ocasion tan favorable y me creí en visperas de ejecutar un plan que habia formado ántes de mi llegada á Francia. Ningun mineralogista habia aun examinado esta alta cadena de montañas que, en el imperio de Marruecos, se eleva hasta el límite de las nieves perpetuas. Podia estar seguro que despues de haber hecho algunos trabajos útiles en la region alpina de la Berbería, experimentaria en Egipto, de parte de los sábios ilustres que se hallaban hacia algunos meses reunidos en el instituto del Cairo, las mismas señales de interes con que habia sido colmado durante mi permanencia en Paris. Completé á toda priesa la coleccion de instrumentos que poseia, y me proporcioné la adquisicion de las obras que tenian relacion con los paises que iba á visitar. Me separé de un hermano que, por sus consejos y por su ejemplo habia egercido una gran influencia en

la direccion de mis pensamientos; aprobó los motivos que me determinarán á separarme de la Europa: una voz secreta nos anunciaba que volveríamos á vernos. Esta esperanza, que no ha sido engañada, mitigaba el dolor de una larga separacion. Dejé Paris con el designio de embarcarme para Argel y para Egipto, y por el efecto de estas vicisitudes á que estan sujetas todas las cosas de esta vida, volví á ver á mi hermano á mi regreso del rio de las Amazonas y del Perú sin haber tocado en el continente del Africa.

La fragata Sueca, que debia conducir al caballero Skioldebrand á Argel, habia esperado en Marsella en los últimos dias del mes de octubre. El caballero Bonpland y yo, nos dirigimos á dicha ciudad casi á la misma época, con tanta mas celeridad quanto que durante el viage estabamos agitados por el temor de llegar tarde y faltar á nuestro embarque. No preveiamos entonces las nuevas contrariedades á que estaríamos bien pronto expuestos.

El caballero Skioldebrand estaba tan impaciente como nosotros por llegar á su destino. Visitamos muchas veces por dia la montaña de

Nuestra Señora de la Guardia, desde donde se goza una soberbia vista sobre el Mediterraneo. Cada vela que se descubria en el horizonte, nos causaba una viva emocion: pero despues de dos meses de continuas y vanas inquietudes supimos por los diarios que la fragata sueca, que debia conducirnos, habia sufrido mucho en una tempestad en las costas del Portugal y que para repararse, se habia visto obligada á entrar en el puerto de Cadiz. Las cartas particulares confirmaron esta noticia y nos dieron la certeza que el *Jaramas* (este era el nombre de la fragata) no llegaria á Marsella ántes de la primavera.

No teníamos valor para prolongar nuestra permanencia en Provenza hasta esta época. El pais y el clima sobre todo nos parecian deliciosos; pero el aspecto del mar nos recordaba continuamente nuestros proyectos frustados. En una excursion que hicimos á Hieres y á Tolon, hallamos en este último puerto la fragata *la Boudeuse* que se estaba aparejando para la isla de Córcega, la cual habia sido comandada por M. Bougainville en su viage al rededor del mundo. Este ilustre navegante me habia dispensado una par-

particular estimacion durante mi permanencia en Paris, cuando me preparaba para seguir la expedicion del capitan Baudin. No podré pintar la impresion que me hizo la vista del buque que condujo á Commerson á las islas del mar del Sur. Hay disposiciones en el alma en las cuales un sentimiento doloroso se mezcla en todo cuanto sentimos.

Persistiamos siempre en la idea de dirigirnos á las costas de Africa y faltó muy poco para que esta perseverancia no nos fuese funesta. Habia en el puerto de Marsella en esta época un buque de Ragusa pronto á hacerse á la vela para Tunez: nos pareció ventajoso aprovechar una ocasion que nos aproximaba al Egipto y á la Siria. Convenimos con el capitan el precio de nuestro pasaje, y en que nuestra partida seria al dia siguiente. Estando colocados los animales que deberian servirnos de alimento durante nuestra travesia en la cámara mayor, exigimos se hiciesen en ella algunos arreglos para la comodidad de los pasajeros y para la seguridad de nuestros instrumentos. Durante este intervalo se supo en Marsella que el gobierno de Tunez trataba con

rigor á los Franceses establecidos en Berberia, y que todos los individuos que iban allí procedentes de algun puerto de Francia, eran metidos en un calabozo. Esta noticia nos evitó de un peligro eminente, nos obligó á suspender la egecucion de nuestros proyectos, y resolvimos pasar el invierno en España con la esperanza de embarcarnos en la primavera próxima, bien en Cartagena ó bien en Cadiz, si el estado político del Oriente lo permitia.

Atravesamos el reino de Valencia y la Cataluña para dirigirnos á Madrid. Visitamos las ruinas de Tarragona y las del antiguo Sagunto: fuimos desde Barcelona al Mont-Serrat¹, cuyos eminentes picos están ocupados por hermitaños y que, por el contraste de una vigorosa vegetacion y unas enormes masas de piedras desnudas y áridas, ofrece un paisaje de un caracter particular. Tuve la ocasion de fijar por medios astronómicos, la posicion de muchos puntos

¹ El caballero Guillermo de Humboldt, que ha recorrido toda la España poco tiempo despues de mi partida de Europa, ha hecho la descripcion de esta situacion en las *Efemerides geográficas de Weimar* para el año 1803.